

Ian Curtis

**En cuerpo
y alma**

Cancionero de Joy Division

Edición de Deborah Curtis y Jon Savage

Traducción de Daniel Gascón

Ian Curtis

**En cuerpo
y alma**

Cancionero de Joy Division

Índice

Prólogo	9
Introducción	13
Nota editorial	27
Nota sobre la traducción	29
LETRAS (manuscritos y transcripciones)	31
APÉNDICE 1 (borradores, alternativas, nuevas letras y textos sueltos)	147
APÉNDICE 2 (imágenes, fanzines, libros, cartas y textos sobre Joy Division)	197
Agradecimientos y permisos	237

Prólogo

Un amigo a quien él llamaba «hermano» nos presentó en 1972. Aquel adolescente singular que no iba al club juvenil con los otros chicos estaba plantado en el balcón de la casa que sus padres tenían en Macclesfield. Llevaba los ojos pintados, vaqueros ceñidos y una chaqueta de piel sintética; más de uno se habría burlado de él, pero había cierta solemnidad en aquel primer encuentro. Él parecía esperararlo como si estuviese predestinado.

Era estudioso: había ganado el premio escolar de Historia en 1971 y el de Religión en 1971 y 1972; leía a Ted Hughes, a Thom Gunn e incluso a Chaucer; tenía un archivador negro dividido en las secciones «letras» y «novela». Me sentí una privilegiada por que confiara en mí lo bastante para dejarme ver la magnitud de sus ambiciones.

Me cautivó: el hechizo del poeta y novelista era irresistible y resultaba fácil adaptarse a su estilo de vida. Me llevó a actuaciones, me presentó a las personas que lo rodeaban y cuando me di cuenta de que nuestro futuro era estar juntos nada más importó.

Dejando aparte su colección de vinilos y las montañas de periódicos musicales, su dormitorio era impersonal, sobre todo si tenemos en cuenta su compleja personalidad teatral. No había montones de ropa, no había cosméticos, disfraces o adornos; no había caos. Era ordenado y se preocupaba obsesivamente por el aspecto o el sonido de las cosas en una búsqueda constante de la perfección. Compaginaba sus relaciones con facilidad, se movía entre distintos grupos y coleccionaba las experiencias ajenas.

Abordaba temas difíciles de una forma tan oblicua que yo no podía determinar si en realidad lo afectaban personalmente. No entendía por qué quería hablar de un chico a quien se consideraba maniaco-depresivo; aquello se acercaba al cotilleo y no era propio de él. Explicaba cualquiera de sus rarezas, sus ausencias o sus crisis como *flashbacks*, y quedó claro que no eran materia de conversación.

Circulaban rumores de que había tenido serios problemas en la escuela, pero sus amigos se reían, la familia Curtis se trasladó a Mánchester y el asunto se relegó al olvido. La sala de la nueva casa se convirtió en su habitación, y allí se mantuvo el orden y la eficiencia. Lo único que parecía necesitar en su vida eran los discos, la prensa musical y el tabaco.

Cuando pasaba el fin de semana con él, Ian ponía discos y nos sentábamos en el suelo. Todos los álbumes debían escucharse de principio a fin sin interrupciones, y le encantaba contarme la historia que había detrás de cada letra. Le gustaban Oscar Wilde o Edgar Allan Poe y se aseguraba de que el sábado por la noche estuviéramos en casa a tiempo para ver las películas de terror.

Nos casamos y durante un tiempo vivimos con sus abuelos. Ian empezó a comprar música *reggae*; esperaba hasta que estábamos solos antes de llevar su tocadiscos al salón, donde las cortinas y vi-

sillos ocultaban la luz del sol. Ya no tenía una habitación propia, pero eso no detuvo sus planes.

Le gustaba ir a la tienda de discos del centro comercial de Moss Side para escuchar las últimas novedades y allí descubrió dónde estaban los mejores clubes de *reggae*. Íbamos al Mayflower y al Afrique, y salíamos por ahí todo lo que podíamos. Lo consideraba una oportunidad para conocer a la gente que vivía en esa zona, de sumergirse en otra cultura. Nos empapamos de la atmósfera de las tiendas locales y por las tardes recolectábamos dinero para las apuestas de fútbol. Daba igual la hora a la que nos acostáramos la noche anterior: Ian insistía en que estuviéramos en pie y trabajando a las ocho de la mañana para terminar pronto y volver a salir.

Establecimos nuestro primer hogar en Chadderton, un lugar tranquilo, poco adecuado para salir por Mánchester y lejos de nuestros amigos de Macclesfield. La sala era el único cuarto caliente y cómodo, pero incluso sin la privacidad necesaria Ian empezó a escribir otra vez. Guardaba su trabajo en una bolsa de plástico. Desde allí fuimos al Festival de Punk Rock de Mont-de-Marsan; después de ese viaje el mundo se abrió y todo pareció posible.

Cuando pusimos la casa en venta sólo sabíamos que allí no éramos felices. Al cabo de una breve temporada con sus abuelos nos mudamos a Macclesfield. La vivienda de Barton Street era amplia: contaba con una cocina, una sala a un lado de la escalera y una habitación totalmente separada al otro.

Yo veía una casa hermosa y acogedora a un paso del centro, pero Ian veía un cuarto para él: un espacio donde escribir suficientemente pequeño para calentarlo con la estufa eléctrica y lo bastante largo para ir de un lado a otro acompañado por sus pensamientos. Nos queríamos mudar de inmediato y la primera tarea era preparar la habitación de Ian; pintó el techo de color azul y adquirimos un radiotocadiscos. La bolsa de plástico fue depositada sobre la moqueta azul junto al largo sofá azul de Habitat y sus álbumes quedaron apoyados contra la pared detrás de la puerta.

Ni se me pasó por la cabeza que una de las habitaciones comunes fuese la primera en el plan de renovación: la escritura de Ian era prioritaria para los dos. El cenicero se desplazaba del suelo a la repisa de la chimenea dependiendo de si estaba caminando o sentado. Era un fumador cuidadoso: nunca dejaba que la ceniza se acumulara en el cigarrillo; a menudo el único sonido era el roce de la larga uña de su pulgar en el filtro del Marlboro antes de dejarlo en el borde del cenicero para coger el bolígrafo. Escribía una línea, soltaba el bolígrafo y dejaba caer más ceniza del cigarrillo.

Llevaba la bolsa a los ensayos, de gira y a las reuniones. Cuando llegaba a casa y abría la puerta de la calle, lo primero que se oía era el ruidoso roce de la bolsa; luego iba directamente a la habitación azul para dejar su material de escritura antes de quitarse el abrigo y colgarlo en el armario. Nunca había nada superfluo en su vida porque elegía su entorno de forma tan minuciosa como elegía sus palabras.

El arte era crucial para Ian y no entendía la escritura de canciones como una empresa meramente comercial. No es, pues, sorpren-

dente que optara por asuntos oscuros y graves en busca de inspiración. No específicamente el Holocausto, sino la guerra en sí: cualquier guerra habría sido el vehículo perfecto para su interpretación del mundo. Cuando conversábamos mencionaba vagamente la historia de su familia irlandesa y la participación de su padre durante la Segunda Guerra Mundial. Se puede debatir que utilizara esas historias para alimentar su proceso creativo o que recurriera a la escritura porque no estaba bien visto hablar de esos temas.

Era compasivo, empático y amable, nunca ostentoso ni materialista. Su capacidad para sumergirse en los hilos de otras vidas se mostraba cuando me leía poesía o prosa, y esa pasión se prolongaba a su presencia escénica. Al principio las actuaciones le permitieron distanciarse de su ser íntimo y era asombroso ver cómo alguien normalmente tan taciturno se transformaba en una persona tan dinámica y expansiva sobre el escenario.

No me enseñaba su trabajo y yo no me atrevía a pedirle que lo hiciera. Recuerdo que una vez eché un vistazo y sugerí cautelosamente (no soportaba bien las críticas) que cambiara una palabra. Para mi sorpresa lo hizo sin discutir, pero conforme avanzó su carrera empecé a tener la sensación de que sus papeles eran territorio prohibido.

Estaba fuera tan a menudo que su actividad en Joy Division se fue convirtiendo en un empleo, no en la satisfacción de una necesidad personal. Cuando el grupo interpretó «Digital» y «Glass» en el Russell Club (rebautizado como Factory para la ocasión) fue un momento crucial para nosotros: yo estaba al mismo tiempo orgullosa y asustada. No había oído esas canciones: el espectáculo era brillante, la música había evolucionado y el público se volvió loco. Sentí que me encogía al fondo de la sala como si hubiera tropezado con un secreto. Aquella calidad no se había alcanzado de la noche a la mañana, pero aun así resultaba asombroso ver el fruto del enorme esfuerzo que habían realizado.

Las notas de Ian aluden a la corrupción, la política, el gobierno y los conflictos sociales: siempre buscaba influencias o situaciones en las que pudiera implicarse. Era un profesional infatigable, pero, a medida que su sueño se hacía realidad, sus letras empezaron a hablar de elecciones imposibles y curas ineficaces.

Ian fue diagnosticado de epilepsia cuando yo estaba embarazada. Su familia se negó categóricamente a hablar de ello. Yo ignoraba si ése era o no el primer diagnóstico, pero cuando los médicos preguntaron de forma reiterada si había sufrido episodios anteriores, yo me uní a él en un resonante «no». Ian usó la epilepsia como un escudo y centró su trabajo en la expresión de sensaciones como el aislamiento o la pérdida.

Notaba que quería hablar conmigo, pero en casa se mostraba amargo, como si hablar abiertamente hiciera más real su enfermedad. Mientras el hueco crecía entre nosotros y se llenaba de complicados secretos, él siguió exhibiendo su frustración y su dolor ante el público. Más que transformarse, su escritura maduró hasta tal punto que puedes oír las heridas en su voz.

¿Cómo me sentí cuando Rob Gretton me dijo que «Love Will Tear Us Apart» trataba de mí? Furiosa, humillada. Examiné los manuscritos de Ian buscando pruebas de que no era así. *Tu habitación, esta habitación, la habitación*: jugaba con esas variaciones. ¿Intentaba despersonalizar la letra o realmente no sabía a qué cuarto se refería? Por supuesto, ahora veo que ésa era otra situación aprovechable y que el mecanismo no resultaba tan distinto al empleado para escribir sobre una tragedia vista en las noticias; pero la carga que entrañaba encontrar una forma de desplazar lo que estaba pasando en su interior debió de perturbarlo profundamente.

Cuando ahora leo la letra, cuando oigo la música en mi cabeza, oigo su voz, lo veo. Un manuscrito con tachaduras y correcciones evoca su imagen en la habitación azul, caminando y fumando, sin apenas advertir mi presencia cuando le llevaba una taza de café.

Algunos textos se pueden fechar por la superficie donde aparecen: papel para apuntes de la oficina donde yo trabajaba, aquellos folios rayados ahora en desuso, una hoja de cuaderno arrancada por un periodista cuando yo estaba en la universidad o posibles títulos de álbumes garabateados con bolígrafo azul sobre un texto taquígráfico a lápiz. Algunas hojas dobladas estuvieron claramente en su bolsillo antes de que las utilizase: aunque no llevase la bolsa quería estar preparado por si las palabras acudían a él.

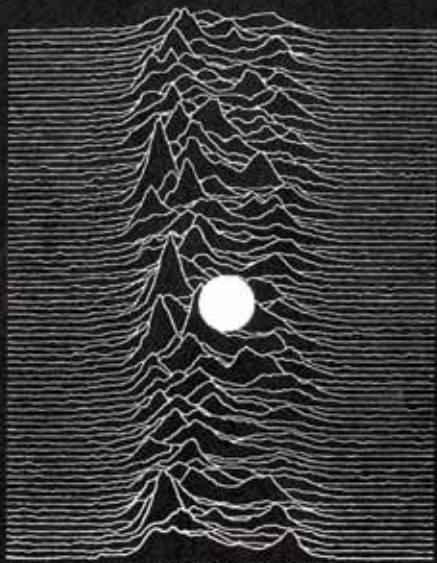
Cuando quisieron grabar «In a Lonely Place» y «Ceremony», los New Order pidieron ver las notas de Ian porque estaban convencidos de que las letras de esas canciones seguirían allí junto al resto de su obra. Las inspeccionaron detenidamente, pero esas letras nunca aparecieron. No es raro: Ian se deshacía de las cosas que no necesitaba; podía ser muy poco sentimental con respecto a sus pertenencias y, por lo que me dijo, llegado a cierto punto consideraba que su trabajo con Joy Division había terminado.

Faltaban varias cosas después de su muerte y sospecho que, fiel a sí mismo, regaló algunas de sus posesiones pensando en ese momento. Conservo el archivador negro: lo había dejado en un armario. La novela no estaba escrita a excepción de unos pocos párrafos que reflejaban una desesperación indefinida.

Cuando Ian encontró su camino, los cuadernos, los papeles sueltos y la bolsa de plástico se convirtieron en una extensión de su cuerpo. Vertió en la escritura todo lo que no podía expresar verbalmente y, por ello, sus letras nos dicen mucho más que cualquier conversación mantenida con él.

Ver estos manuscritos con su peculiar caligrafía y en orden cronológico ayuda a entender su desazón. Esas ansiedades e inquietudes siempre serán relevantes; y aunque la poesía se sostiene por sí misma, su voz y la música de Joy Division están ahí para ser escuchadas como la unidad perfecta que aspiraban a ser.





JOY DIVISION UNKNOWN PLEASURES - Outside 33 1/3

SHE'S LOST CONTROL

CONFUSION IN HER EYES THAT
SAID IT ALL SHE'S LOST CONTROL
CLINGING TO THE NEAREST
PASSER BY, SHE'S LOST CONTROL
AND SHE ^{ON HER MIND} WASTED ALL THOSE ^{WASTED}
YEARS IN HER LIFE + SAID IVE
LOST CONTROL AGAIN,

HORROR A MYTH THAT LEANED AGAINST
HER LIKE A KNIFE, SHE'S ~~SAID~~
LOST CONTROL AGAIN.

AND SHE TURNED TO ME + TOOK
ME BY THE HANDS AND SAID
IVE LOST CONTROL AGAIN,
AND HOW ILL NEVER KNOW JUST
WHY OR UNDERSTAND SHE SAID
IVE LOST CONTROL AGAIN.

I IN HORROR THAT ONE DAY
I'D LEARN THE TRUTH CRIB IVE
LOST CONTROL AGAIN.

WHEN ROUTINE BITES HARD, AND
AMBITION IS LOW,
AS RESIGNMENT SETS IN, AND
EMOTIONS WON'T GROW,
AND WE'RE CHANGING TOO FAST,
TAKING OPPOSITE ROADS.

THIS BED ROOMS SO COLD, TURNED
AWAY ON YOUR SIDE,
IS MY TIMING SO FLAWED. ~~HOW~~ CAN RESPECT HAS GROWN
~~THE~~ ^{WHICH} THINGS STILL THIN APPEAR,
THAT WE'VE KEPT THEM OUR LIVES,

LAY OUT IN YOUR SLEEP, ALL MY
FAILINGS EXPOSED,
TASTE IN MY MOUTH, DESIGNATION
TAKES HOLD,
JUST THAT SOMETHING SO GOOD,
WANT FUNCTION NO MORE.